

dre, frecuente visitador de nuestra Torre de Miraflores, próxima a Pontevedra, cuando yo era bien niña. Como ya entonces despuntaba mi culto a las Musas, Amado me escribía versos y me contaba leyendas, siendo la primera la del Almirante poeta que ganó a Sevilla. Claro es que, dejándose de indecisiones históricas Amado prescindía del otro Almirante, Bonifaz, el que en opinión general realizó la hazaña. Amado no admitía ni en hipótesis que se debiese sino a Chirino a quien profesaba una especie de culto. Por ser en todo figura romántica el «Almirante del Mar» hasta su muerte decía Amado que fué sangrienta, de puñalada traidora en el atrevido e impávido corazón.

* *

Los otros tres sepulcros son el de una dama que lleva el cordón de San Francisco, ceñido al talle, y de otra dama y un caballero de esa casa de Sotomayor que se encuentra aquí dondequiera, llenándolo todo, pues es como los Andrades en las Mariñas de Betanzos: lo señorial indiscutido. En la mayor parte de las sepulturas, en las casonas de Orense, encuentro los cuarteles que conozco tanto. Estas hojas de higuera de Figueroa, estas lises de Maldonado, me traen a la memoria semblantes de parientes, alguno de los cuales nació y vive bien lejos de Galicia, en Salamanca, donde el nombre de Maldonado es también familiar. De la casa de Sotomayor queda, como blasón orgulloso, el espléndido Castillo de Sotomayor, que gracias a la más inteligente de las restauraciones, la que se limita a reponer un monumento en su estado primitivo, podemos admirar casi intacto, como un bello zequí veneciano con su flor de cuño. Y aun cuando se diga que las ruinas son bellas y tienen infinita poesía, mejor es que los edificios se conserven desafiando al tiempo destructor. En Pontevedra causa pena ver en ruinas dos edificios como el convento de Santo Domingo, del cual sólo existe una parte, hoy convertida en Museo, y la preciosa casa que unos llaman de los Churruchaos y otros de Payo Gómez de Sotomayor. Esta luce sus bellas ventanas del más elegante y rico estilo gótico; pero, sin tejado, está en riesgo inminente de venirse a tierra, como acaba de suceder con un lienzo entero del claustro, en otra magnífica ruina, de la cual pronto no quedarán ni vestigios: el monasterio de San Esteban de Rivas de Sil, que tuve la fortuna de poder visitar, realizando una ascensión fatigosa, cuando empezaba su degradación y a menos costa hubiera podido remediarse. Honda pena causa que desaparezcan, ante nuestros mismos ojos, las joyas de la tradición.

* *

De los templos de Pontevedra, Santa María es el más aparatoso, y da testimonio de la largueza del gremio de marcanes, que lo elevó. Está situado en una colina, y lo decora amplia escalinata. Su estilo es plateresco, y parte de sus motivos decorativos recuerdan los del Archivo de Alcalá. En el imponente campea una composición que representa la Muerte de la Virgen; y me trae a la memoria otra obra de arte que, en realidad, nada tiene que ver con ella. Se me antoja ver el famosísimo lienzo de Rosales, *El Testamento de Isabel la Católica*. La composición es análoga, y el lecho en que yace la Virgen es del siglo XVI, con sus talladas, lujosas columnas, su baldaquino, semejante al del cuadro. Los personajes que la rodean, tienen análogas actitudes. Este asunto, casi pictórico, aunque esculpido, y la espléndida crestería, son lo que más llama la atención. Cuando entré en la parroquia, alguien me hizo notar ciertos bajorrelieves (que casi no se perciben ya, porque al quitarles la cal lo han estropeado todo), donde nuestra madre Eva se dedica a manejar el huso.

* *

Hay en Pontevedra un templo desestimado por los arqueólogos, y que a mí me hace, lo confieso, muchísima gracia. No cabe suponerlo anterior a la segunda mitad del siglo XVIII, y es del estilo que llamaré mestizo de Churriguera y Luis XV. Me refiero al que se consagra a la «Divina Peregrina», patrona de Pontevedra, en cuyo honor se celebran todos los años unas fiestas muy repicadas, con muchos fuegos y bailes. El templo es chico, redondo, con más aire de camarín que de iglesia. La Divina Peregrina, cuya efigie en piedra se alza coronando la puerta, en un nicho, es una dama de la corte del rey Luis XV, con estrecho corselete y amplio *vertugadin*. Encuentro un encanto peculiarísimo en este templo, que en vez de suscitar ideas de mortificación y

devoción, tiene el gesto galante y almizclado de la época a que corresponde. Es injusto el desdén que pesa sobre el lindo edículo.

* *

Hoy, en Pontevedra, existe una sugestión especial. Hay un enigma, una nebulosa, un misterio, que empieza a disiparse, pero todavía inquieta, y flota en la pureza de este riente cielo, de este ambiente templado, suave, en que la brisa del mar no tiene aspereza alguna, y llega al pulmón blanca y acariciadora. Tal enigma presta interés apasionante a una ciudad, no tan empujada por el progreso como, verbi-gracia, Vigo. Algo espiritual asciende de las ligeras y doradas brumas de la ría. Esta urbe, que guarda o guardó las cenizas de tanto marino y navegante ilustre, los ve palidecer a todos, esfumarse a todos, ante el que empieza a fulgurar en su historia. Es el nombre de más eco, el nombre resonante, mundial. No ha mucho, ignorábase que existiesen pruebas documentales de haber nacido en Pontevedra Cristóbal Colón.

Estas pruebas las ha aportado el erudito teurense D. Celso García de la Riega. Yo no sé si he hablado aquí de este sensacional descubrimiento, punto menos inesperado que el de América, del cual Colón no llegó, en toda su vida a darse cuenta exacta. Debo añadir que, al pronto, cuando García de la Riega dió la voz de aviso, el primer movimiento fué de incredulidad y aun de risa. Las Academias se encogieron de hombros. ¡Bah, estos gallegos! ¡Colón tocando la gaita! Y fué necesario que en los Estados Unidos empezasen a fijarse, para que enderezasen la oreja, aquí. En los Estados Unidos se fijaban, ¡ya lo creo! Hay países que cuanto más nueva es la idea más la consideran digna de ser atendida. La Historia no es una petrificación: cada día se averiguan cosas.

Por otra parte, la patria de Colón había sido siempre objeto de disputa enconada, lo cual prueba que, dígame lo que se diga, no existían certidumbres. La opinión más general, apoyada en las mismas palabras de Colón, era que hubiese nacido en Génova. Nótese, sin embargo, que la explícita declaración del Almirante no bastó para evitar discusiones: desde un principio, se puso en tela de juicio su palabra. Los primeros historiadores de Indias, sin embargo, anduvieron acordes en darle por genovés, si bien algunos se contentaban con suponerle de la ribera januense, de alguna aldehuela como Nervi o Saona. Si se diese entero crédito a Colón, sería de la misma Génova, no de otra parte. En nuestro siglo un sacerdote corso intentó demostrar que Colón era nacido en Calvi, aldea de Córcega; y la idea fué muy lisonjera para los corsos, que tuvieron por seguro haber producido aquella isla al amo del mundo antiguo y al descubridor del nuevo: *antiqui domitor mundi, inventorque recentis*.

Hay singularidades que impiden prestar fe a las palabras mismas de Colón. Es extraño que Fernando Colón, hijo del Almirante, pusiese tanto cuidado en ocultar y desvanecer en el misterio los antecedentes de nacimiento y familia de su padre, y atribuyese a Dios el alto designio de que fuesen desconocidos su origen y su patria. Es indudable que Colón se propuso (como otro *Lohengrin*) esconderlo todo ello, lo más posible.

«No soy el primer Almirante de mi familia», declaró. — «Póngame el nombre que quisieren.» — «David guardó ovejas antes de ser Rey.»

Es probable que quisiese celar, no sólo la humildad de su condición de cardador, sino, sobre todo, la raza de que procedía: Judíos portugueses.

Entre las pretensiones y aspiraciones de Colón, figuró, en primer término, la nobiliaria. En el siglo XV, demostrado su origen, no era fácil que se le cumpliera el deseo de figurar, al lado de la más encumbrada nobleza de Castilla. No hubiese podido su hijo contarse entre los pajes del Príncipe Don Juan, que era como tener ahora la llave de gentil-hombre...

Y por esto, y por mucho más que no cabe aquí, espesó Colón su nebulosa, y se ignoró que el primer Almirante de las Indias naciese, donde nacieron otros Almirantes muy ilustres... En Pontevedra.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Vengo de recorrer pueblos y aldeas, monasterios y castillos, paisajes y rincones de leyenda, y me he convencido de que antes de visitar el extranjero debíamos conocer bien el país natal. Y acaso yerro; vale más empezar por salir de casa, pues la comparación con lo que tanto se alaba fuera, es lo que nos da idea exacta de lo propio.

No hay asomo de parcialidad en la afirmación de que Galicia es la tierra privilegiada donde debiera florecer el turismo (aunque por ahora está más seco que floreciente).

Es difícil que en comarca alguna se junten así los encantos de la naturaleza con los del arte. (Del arte antiguo, por supuesto). Existe todavía mucho, a pesar de vandalismos y rapacidades, sobre todo en arquitectura (nadie carga con una iglesia, naturalmente), en la región que posee la gran maravilla de la belleza cristiana y de la arquitectura civil en la Edad media: el Pórtico de la Gloria y el Palacio de Gelmírez, que hoy se está descubriendo, merced a la labor inteligentísima de D. Vicente Lampérez.

De esta riqueza monumental se encuentran testimonios en todas partes. A la revuelta de un camino asoma un templo románico; párase el automóvil, para daros tiempo a que lo admiréis, y tal vez a que echando pie a tierra entréis a curiosearlo (si bien por dentro no suelen tener tanto interés como al exterior). Poco después, un castillo, un Pazo viejo, la mole gris de un convento, un puente romano, una calle tan curiosa como la de *los Hórreos*, en Combarro. Las casas lucen arcaicas ventanas, puertas doveladas, esbozos de torrecillas, muros comidos de liquen, por los cuales la madre selva trepa con elegancia modernista.

* *

Sólo una ciudad, Pontevedra, encierra ejemplares de todos los estilos arquitectónicos que se han sucedido al través de las edades en la Península (excepto el árabe, que en Galicia, sin faltar del todo, escasea hasta poder calificarse de rarísimo).

La iglesia de San Francisco, restaurada, es típicamente ojival, y la engalanan cuatro interesantes sepulcros con bultos yacentes, uno de los cuales encierra — o mejor dicho encerró, pues ya han desaparecido — los restos de tan histórico personaje como Payo Gómez Chirino, gran mareante y campeador del siglo XIII, a quien se atribuye el hecho brillante de la conquista de Sevilla, por haber sido sus naos las que rompieron el puente de barcas, defensa que los moros hicieron y era casi inexpugnable. Dice así la inscripción del sepulcro, asaz notable:

Aquí yace el muy noble caballero Payo Gómez Chirino, el primeiro señor de Rianjo, que ganó a Sevilla siendo de moros, y los privilegios de esta villa: año de 1308.

Este noble epitafio me recuerda otro que acaban de mostrarme en Orense, y que tiene más *bonhomie*: el muerto es calificado de *cavalleiro verdadeiro, gran cazador é monteiro*... La tumba de Payo Gómez Chirino evoca en mí el recuerdo de un escritor hoy olvidado completamente, y que en vida tampoco logró fama notoria; José Benito Amado, amigo de mi pa-

L.

¿Habéis
divierte, si
cendida?

Por sup
este partic
mi siglo, s
que viene)
dra graniti
lintel el ir
dor, racim
rracos, sal
airosa flexi
britada, lo:
la llama o
fondo de l
dora, se h
y debajo d
han de ser
dor de la
tón, ver có
mo, mord
estallan y
espíritu es

Al lado
ñas, y las
después d
Salen dor
brosas, ca
san al que

Fuera,
galiciana
arriba. El
primer tér
sacudiend
salen de
uno en el
lle, cubier
camelia, e

— Este

sante llov

¡Benign

ella corrig

mete tan t

ticos... El

personaje

que el co

«franelas

sos del D

ciñen no

de los cru

bayeta an

averiguar

amarillo t

rillo reina

de un ma

señora us

y no quis

resolucio

un terrít

comenda

en prospe

científica,

res ni pec

que se ve

Tienen

a usar ah

pegan a l

suavemen

das que, c

nácar, ci

can no p

nos. Este